

Si hay un autor que haya podido influir sobremanera en el conjunto de artículos presentados en la presente obra, ese es Michael Billig, con su tesis sobre el “nacionalismo banal”, publicada como libro en 1995. Observamos a lo largo de la mayoría de capítulos presentes en el libro cómo a través de la cotidianeidad y del empleo continuado de determinados símbolos en los medios de masas y en los discursos oficiales se irían difundiendo desde arriba un mensaje y una idea de España como entidad natural, donde lo regional y lo nacional habrían convivido en plena armonía y cumpliendo una misión histórica para la configuración de la nación. Todo ello atravesado por un sesgo católico. La tesis principal de la obra revelaría la paradoja del propio régimen: sus políticas nacionalizadoras, cuyos tentáculos alcanzaron desde las instituciones científicas hasta los medios de ocio -a través del empleo reiterado de una serie de conceptos, símbolos y discursos estáticos-, acabarían por desmovilizar a la población, aunque no necesariamente volviéndola contraria al régimen. Si observamos entre líneas, veremos cómo en ciertos momentos nos hallamos frente a una cuestión polémica, aunque quizá no suficientemente discutida: el apoyo pasivo de la población española al régimen franquista, y sus razones.

Pablo SÁNCHEZ LÓPEZ

Universidad Complutense de Madrid

PETRESCU, Dragos: *Explaining the Romanian Revolution of 1989*, Bucharest, Editura Enciclopedica, 2010, 415 pp.

¿Fue la conocida como Revolución rumana de 1989 una verdadera revolución?; ¿por qué el final de la dictadura del partido comunista rumano fue violento y no negociado?; ¿qué papel jugó la erosión ideológica en la caída del régimen?. Estas son algunas de las interesantísimas cuestiones que nos plantea el autor, Dragos Petrescu, a lo largo de la obra y que, en mayor o menor medida, la articulan.

El libro nos ofrece también una valiosa recopilación de testimonios de testigos y protagonistas de los trascendentes hechos de diciembre de 1989 y de diferentes etapas de la dictadura; lo que nos permite, como pretende el autor, obtener un “efecto Rashomon” muy recomendable metodológicamente para este tipo de investigaciones histórico-políticas. Un efecto que define este resultado de la subjetividad de la percepción en el recuerdo. Los observadores de un evento son capaces de producir sustancialmente diferentes pero igualmente plausibles relatos de un mismo evento. Este concepto tiene su origen en la película de Akira Kurosawa *Rashomon* (1950); en este film se yuxtaponen cuatro relatos referentes a un mismo crimen. Cada uno de estos relatos es “una historia dentro de la historia” y se ven reforzados por su aparente realismo. En las ciencias sociales, este efecto suele utilizarse para rescatar diferentes versiones respecto a un acontecimiento y así ofrecernos una panorámica heterogénea de la representación de una determinada realidad social.

El primer gran desafío al que se enfrenta Dragos Petrescu, es intentar ofrecer al lector herramientas suficientes para interpretar o no como una verdadera revolución la Revolución de diciembre de 1989. No es éste un debate menor, polémicas antediluvianas que han recorrido un camino de ida y vuelta desde las tribunas políticas a las académicas dan fe. El autor nos muestra las tres explicaciones tradicionales y dominantes del acontecimiento: una revolución auténtica, una revolución confiscada y una conspiración internacional.

De acuerdo con la primera interpretación, los hechos desarrollados en 1989 se trataban, según el Frente de Salvación Nacional (los burócratas y tecnócratas del partido comunista rumano de segundo y tercer rango que realizaron el trasvase de poder) y por gran parte de los manifestantes que se enfrentaron a las fuerzas represivas, de “una genuina revolución, iniciada por una masa espontánea” (p. 79). Tan solo dos páginas más atrás, Dragos Petrescu, señalaba que la oposición política era demasiado débil como para erigirse como alternativa durante la revolución.

La segunda interpretación surgió en la primera mitad del año 1990 y fue sostenida por un número considerable de intelectuales y revolucionarios decepcionados, críticos con el posterior desarrollo y materialización política de las revueltas. La tercera y última interpretación que nos expone el autor, sostiene que los actos revolucionarios fueron el resultado de una conspiración internacional conducida por la CIA y el KGB con la complicidad de algunos sectores del partido, la policía secreta y el ejército. Esta visión fue apoyada, precisamente, por miembros de la policía secreta, del ejército y por algunos periodistas.

El cuestionamiento de la Revolución de 1989 como acontecimiento verdaderamente revolucionario y como mito fundador de una nueva Rumanía, ha sido una constante hasta la entrada del nuevo milenio. El desencanto generalizado entre intelectuales y críticos que entonces fueron protagonistas y de una parte considerable de la población con el cambio de régimen; llevó a declarar la necesidad de una nueva revolución tras alcanzar la victoria electoral en 1996 la oposición a los llamados “neocomunistas”.

La estigmatización narrada respecto al acontecimiento mágico de la revuelta, lleva a Petrescu a incluir en las irresolubles polémicas, el aporte de G. M Tamás, un filósofo disidente húngaro nacido en Rumanía. Tamás, afirmaba en una carta abierta a sus amigos rumanos que la Revolución húngara de 1956 también dejó numerosas cuestiones sin resolver y, años después de aquello, nadie se atrevía a afirmar que no hubiera sido una verdadera revolución por esto. En todas las revoluciones -señalaba Tamás- se había producido charlatanería, acciones ridículas y caos generalizado; y no por ello había que destruir la memoria del gran acontecimiento y mito fundador de la nueva democracia rumana. Las consecuencias políticas de la revolución, no debían tenerse en cuenta a la hora de analizar el mito fundador.

Esta interpretación resulta sumamente interesante para abordar la parte, a mi juicio, más trascendente de la obra; las tensiones alrededor de la significación del hecho revolucionario. Siguiendo el esquema propuesto por Slavoj Žižek en *En defensa de causas perdidas*, Tamás, como Foucault en su interpretación de la Revolución iraní de 1979, estaba siendo profundamente deleuziano:

lo que le interesa no son los acontecimientos [...] en clave de realidad social y de sus interacciones causales, sino la superficie del acontecimiento, la pura virtualidad de la «chispa de la vida», la sola explicación del carácter único del Acontecimiento. [...] Por tanto, lo que cuenta no es la transformación en las relaciones de poder y dominio entre los agentes sociopolíticos reales, la redistribución del control social, etcétera, sino el propio hecho de trascender -o, más bien, de cancelar momentáneamente- este propio dominio, la aparición de un ámbito enteramente diferente de «voluntad colectiva» (ZIZEK, Slavoj: *En defensa de causas perdidas*, Madrid, Akal, 2008, p.116)

El hecho de que hubiera una represión mayor posterior al colapso de la dictadura de Ceaucescu, y que el poder terminase en manos de burócratas y tecnócratas del anterior partido único contra el que se habían iniciado las revueltas; seguramente, no nos habla de una revolución inacabada o confiscada, contaminada por la realidad sociopolítica. Es un signo de las fuerzas intrínsecas al acontecimiento mismo.

En esta obra, Dragos Petrescu, nos ofrece, también, una excelente panorámica, pedagógica en su discurso, de una cantidad de factores considerable que exponen y explican el acontecimiento revolucionario. Los capítulos 3, 4 y 5, que tratan los factores estructurales, coyunturales y los específicos de la nación respectivamente, son de gran utilidad expositiva y argumentativa. Sin embargo, incluir el componente ideológico en el capítulo de los factores estructurales junto al ámbito económico, es discutible. La estructura económica significa el fundamento sobre el que descansa y que condiciona todo el proceso de producción, y también, en consecuencia, la producción ideológica; a la que podríamos denominar superestructura y que mantiene una relación dialéctica con la estructura económica. Esto no se ha de confundir con que el factor económico es el único determinante, ya que, como señalaba Friedrich Engels, esto sería “una frase vacua, abstracta y vacía”. Esta relación dialéctica, la observamos en la obra de Petrescu en el apartado que presenta como *Ideological decay*.

Petrescu señala que la erosión de la ideología expresada como utopía emancipadora, fue sustituida en Rumanía con su propia versión del nacional comunismo: el ceucesquismo. Ambos hechos, la erosión y la substitución de una ideología hegemónica por otra, y el posterior desgaste del ceucesquismo vienen explicados (que no determinados), en última instancia, por el hecho económico. La necesidad de Krushev de construir un discurso que fuera funcional a la exigencia de entablar relaciones comerciales con occidente y, de rebote, la posibilidad de emanciparse gradualmente de la URSS de Rumanía a partir de la desestalinización, demandaban la articulación de una ideología utilitaria. El cambio fue iniciado en Rumanía por la cúpula estalinista encabezada por Gheorghiu-Dej. Éste impulsó un retorno gradual a los valores locales tradicionales que fueron conformando el nacional comunismo del que Ceaucescu fue su epítome. Resulta sugerente observar como las “crisis ideológicas” coinciden con un aumento de la distribución de los recursos favorable al fondo de consumo en detrimento de la acumulación.

El monolitismo como respuesta a la caída violenta del regimen y la riqueza en elementos explicativos, nos invita a adentrarnos en el resto de una obra de obligada consulta para tratar la revolución rumana de 1989.

Manuel GUERRERO BOLDÓ

Universidad Complutense de Madrid